

La doctrina en política exterior de India y su rol en el nuevo reequilibrio de poder en el sistema internacional

Mario López Areu¹

Universidad Pontificia de Comillas

Resumen:

Esta investigación examina la posición de India como superpotencia emergente dentro del actual reequilibrio de poder en el sistema internacional, caracterizado por el auge de China y la multipolaridad. Haciendo uso de una metodología basada en el “análisis en política exterior” [*Foreign policy analysis*], en la primera parte analizamos la evolución histórica de su política exterior, desde su independencia en 1947 hasta hoy, para examinar los actores, estructuras y valores que alumbraron las doctrinas que la moldearon. En la segunda parte, evaluamos el rol que India juega dentro del cambiante e inestable contexto internacional actual. Para ello, haciendo uso de conceptos teóricos ligados a la geopolítica, presentamos los intereses geoestratégicos (en base a tres esferas de influencia) y analizamos críticamente la cultura negociadora, seguida por su cuerpo diplomático para entender las aspiraciones del país y el rol que juega en el nuevo orden multipolar. Las principales conclusiones de este trabajo son tres. Primero, que su política exterior ha tenido históricamente una importante carga idealista y normativa. Esto hace que la cultura institucional sea poco adaptable a los cambiantes intereses estratégicos del país. Segundo, en un escenario de competencia entre grandes potencias, el auge de China supone un importante riesgo para los intereses geoestratégicos de India y esto lo ha llevado a reaccionar, aunque limitado por la cultura institucional de su política exterior. Y tercero, en un escenario de gobernanza global multipolar, la cultura multilateral de la política exterior india podría posicionar al país en una situación de influencia en la construcción de grandes acuerdos sobre los enormes retos internacionales.

Palabras clave:

India, Indo-Pacífico, Jawaharlal Nehru, Narendra Modi, multipolaridad.

¹ Correo: mlopeza@comillas.edu

Abstract:

This paper examines the position of India, as an emerging superpower, within the current rebalancing of power in the international system. A system characterised by the rise of China and multipolarity. Applying a methodology based on *Foreign policy analysis* (FPA), in the first part of the paper, we analyse the historical evolution of Indian foreign policy from independence in 1947 until today so to examine the actors, structures and values that gave birth to the doctrines that form it. In the second part, we assess the role that India may play in the current changing and unstable international context. To do so, applying theoretical concepts linked to geopolitics, we present Indian geostrategic interests based on three spheres of influence and we critically analyse the negotiating culture of its diplomatic corps to understand the aspirations that India has for itself and the role it could play in the new multipolar world order. The paper's main conclusions are three. First, Indian foreign policy has had, historically, important idealist and normative components. This makes the institutional culture less adaptable to the changing strategic interests of the country. Second, in a scenario of big power competition, the rise of China represents important risks to the geostrategic interest of India, and this has led the country to try to react, although constrained by the institutional culture in its foreign policy. Third, in a scenario of multipolar global governance, the multilateral culture of Indian foreign policy could position the country in a place of influence in the building of large agreements on the major international challenges we face.

Keywords:

India, Indo-Pacific Jawaharlal Nehru, Narendra Modi, multipolarity.

1. Introducción

Desde el colapso de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) hasta hoy hemos sido testigos en el mundo de las relaciones internacionales de dos períodos diferentes en el equilibrio de fuerzas en el sistema internacional.

Un primer período, desde 1991 a 2008, se caracterizó por la existencia de un orden unipolar, en el que EE. UU. se estableció como superpotencia hegemónica y su visión del mundo moldeó la gobernanza global. Esta visión combinaba un apoyo claro a la globalización económica a través del libre comercio con una forma de liberalismo intervencionista, que incluía la promoción de los regímenes democráticos y la legitimidad de las intervenciones humanitarias.

El segundo periodo del sistema internacional post Guerra Fría coincide en gran medida con las presidencias de Barack Obama y Donald Trump en EE. UU. (2008-2020). Este periodo se caracteriza por la profunda crisis económica y existencial en Occidente y el auge del autoritarismo en el mundo de corte nacionalista en Oriente (Turquía, India, Rusia) y proteccionista en Occidente (Donald Trump), pero también Bernie Sanders en EE. UU., el *Brexit* en Reino Unido o populismos de izquierdas y también de partidos de ultraderecha en Europa. Al mismo tiempo, se constata un viraje claro del eje de influencia en el sistema internacional del Atlántico al Pacífico. Dicho viraje queda patente en una mayor influencia y firmeza en la escena internacional de países como China o Rusia, en contraste con la indecisión e inacción de Europa debido a la crisis existencial en el seno de la Unión, y en el cambio de énfasis en la política exterior estadounidense: primero con la política de Barack Obama conocida como “pívot a Asia” en detrimento de su tradicional atención en Europa y Oriente Medio (Clinton, 2011) y después, con la política de “*America First*” de Donald Trump, que ha conllevado un abandono voluntario del liderazgo de la gobernanza global para perseguir únicamente intereses nacionales.

En este contexto, es constatable que nos encontramos ante el auge de un mundo verdaderamente multipolar, donde diferentes visiones del mundo comparten la escena internacional sin que ninguna de ellas pueda imponer su voluntad sobre el resto.

En paralelo a estos desarrollos a nivel internacional, desde comienzos de siglo, India ha conseguido paulatinamente hacerse un hueco dentro del club de las grandes potencias globales. Existen algunos indicadores que dan muestra de dicha irrupción. Primero, India obtuvo, tras la liberalización de su economía en la década de los 1990, ganar peso e influencia en la economía global, dejando atrás el estigma de la llamada “tasa de crecimiento hindú” (sic) del 3% para pasar a una de entre 7% y 8% de media en la última década. Segundo, el acuerdo nuclear con EE. UU. de 2005 normalizó su situación en el sistema global de seguridad y energía tras su destierro por sus pruebas nucleares de 1998. Por último, la constatación del auge indio se demuestra en el cortejo que se les hace a sus líderes en las principales capitales del mundo y el alto nivel de las visitas de dignatarios extranjeros al país en los últimos años.

Ateniéndonos a todos estos factores, el presente artículo busca examinar el rol que India, como potencia emergente, juega en el nuevo reequilibrio de poder en el sistema internacional. Para ello, primero analizaremos los principios normativos y los principales desarrollos históricos en la política exterior del país hasta hoy. Dicho análisis nos permitirá, en la segunda parte del artículo, determinar los objetivos y el rol que India busca y juega en el emergente escenario multipolar internacional.

2. Principios normativos y evolución histórica de la política exterior india

2.1. Primera fase (1947-1964): la doctrina nehruviana en política exterior

Todo análisis sobre la política exterior de India comienza irremediamente por la figura y las ideas de Jawaharlal Nehru, el primer ministro que guió al país hacia la independencia del Imperio británico y lo lideró durante sus dos primeras décadas dando forma a sus principales políticas de Estado. Provenía de una larga tradición intelectual crítica con el nacionalismo excluyente y más cercana al internacionalismo. Una influencia particularmente importante en él es Rabindranath Tagore y su tesis del humanismo universalista². En 1961 Nehru defiende que:

² Para más información sobre el internacionalismo de Rabindranath Tagore, véase Tagore, 2009.

“Al final el nacionalismo se demostrará como un credo estrecho y todos nos convertiremos en ciudadanos del mundo con una visión verdaderamente internacional. Por el momento esto puede que esté fuera del alcance de la mayoría de las personas y países. Nosotros, en India, tenemos que construir un nacionalismo integrador de las varias partes, creencias y religiones de nuestro país [...] pero el nacionalismo que construyamos en India debe tener sus puertas y ventanas abiertas al internacionalismo” (Nehru, 2003a, p. 195).

Además de la influencia de la tradición aperturista india, existen dos importantes causas que explican el internacionalismo de Nehru. La primera, es el contexto histórico en el que se forja su pensamiento. El estallido de las dos Guerras Mundiales donde el nacionalismo excluyente juega un papel fundamental en la escalada bélica fue un motivo de preocupación para él. Igualmente, su solidaridad con otras sociedades subyugadas por el colonialismo juega un papel importante. Para Nehru hacer causa común y apoyarse entre estos pueblos oprimidos era esencial para construir un orden mundial verdaderamente postcolonial (Nehru, 1974). En tanto, la segunda causa importante de su internacionalismo es la influencia del socialismo en su pensamiento político, unido al éxito del experimento soviético y el carácter internacionalista en sus primeras décadas de andadura.

Si el internacionalismo de Tagore se caracterizaba por su énfasis en el intercambio cultural y humanista, el de Nehru está claramente impregnado de un carácter político en favor de la liberación colonial de Asia y África y el desarrollo económico de estas regiones: “Yo no puedo ignorar al resto del mundo y aislarme a mí mismo en India. El destino de todos los países está unido ahora y el éxito o fracaso será común a todos ellos” (Nehru, 2003b, p. 13).

Para Nehru, el internacionalismo es necesario porque el mundo globalizado es una realidad, dominada por el capitalismo global y el imperialismo occidental. Se trata, por tanto, de desarrollar una alternativa a ese modelo de globalización, un internacionalismo construido sobre el socialismo y la solidaridad entre los pueblos subyugados.

Las profundas convicciones internacionalistas de Nehru, su talla intelectual y el largo periodo que disfrutó como primer ministro hicieron que la política exterior india en sus inicios estuviera guiada por una doctrina profundamente normativa, anclada en los valores del universalismo, el internacionalismo liberal y la solidaridad entre los pueblos, en particular de Asia y África.

La doctrina nehruviana en política exterior está presente en el liderazgo que India ejerció durante el periodo descolonizador de mediados del siglo XX. En esta etapa, promovió el acercamiento y hermanamiento entre los países de Asia y África, apelando al fin del racismo y el dominio de las antiguas metrópolis del ámbito internacional. Se buscaba asegurar que el futuro de las sociedades “liberadas” fuera decidido por sus habitantes y no los intereses de potencias extranjeras.

Así, India acogió en 1947 la “Conferencia de Relaciones Asiáticas” [*Asian Relations Conference*] en Nueva Delhi, donde buscó recuperar las relaciones sociales y culturales entre los pueblos asiáticos después del aislacionismo producto del colonialismo. Igualmente, lideró la ofensiva contra el *Apartheid* sudafricano en las Naciones Unidas entre 1946 y 1948, siendo también el primer país en imponer un boicot al gobierno de Sudáfrica. También, apoyó las luchas anticolonialistas en diversos lugares, incluyendo la conferencia de 1949 del llamado G-19 en favor de la independencia de Indonesia de los Países Bajos. Además, participó activamente (1955) en la famosa Conferencia de Bandung para formar una gran alianza afroasiática que exija una democratización de las estructuras de gobernanza internacional (Abraham, 2008). En suma, bajo la doctrina nehruviana, India apeló a una coalición poscolonialista para enfrentar el dominio occidental del sistema internacional y reclamar un sitio en la mesa, en igualdad de condiciones, para los países históricamente oprimidos para crear uno verdaderamente democrático.

Ese idealismo internacionalista en la política exterior india, sin embargo, estuvo siempre matizado por su compleja realidad territorial. La partición con Pakistán tras la disolución del *Raj* británico fue, y sigue siendo, un importante freno a las ambiciones internacionales

de India. No solo supuso una importante división psicológica entre hindúes y musulmanes, tanto a nivel internacional como dentro del país, sino que también obligó al país a dedicar importantes recursos económicos y autoridad moral a defender su frontera occidental. Igualmente, la guerra sino-india de 1962 constató la tensión entre los dos gigantes asiáticos que comparten más de 3,000 km de frontera terrestre. Ambos conflictos territoriales obligaron a Nehru a adoptar un mayor énfasis en la defensa de la integridad territorial y la soberanía nacional en su política exterior, en detrimento del entusiasmo internacionalista que dominó sus primeros años. Asimismo, la intensificación de la Guerra Fría y la polarización entre los bloques estadounidense y soviético terminaron por convencer a Nehru de preservar la autonomía de India: “No hemos abandonado nuestro derecho a decidir por nosotros mismos lo que debemos y no debemos hacer en cualquier tipo de circunstancias. El abandono de nuestro derecho a decidir implicaría ceder tanto nuestra autonomía de juicio como nuestra autonomía de acción” (Nehru, 2014, p. 275).

Si la doctrina internacionalista en esta primera fase de la política exterior resultó en el apoyo a movimientos anticolonialistas, panasiáticos y panafricanistas y de búsqueda de la democratización de la gobernanza global, el posterior viraje dio pie a un pragmatismo fundamentado en la preservación de la soberanía estatal y autonomía de acción de India en un contexto de polarización internacional e inestabilidad regional. El resultado fue el desarrollo de dos pilares de la política exterior: la doctrina Panchsheela, conocida también como los “Cinco principios de coexistencia pacífica”, y el Movimiento de Países No Alineados (NAM en sus siglas en inglés).

La doctrina de Panchsheela fue unos principios normativos acordados entre India y China en 1954 para regular la convivencia de ambos países en el contexto regional y que está compuesta por cinco puntos (“panch” en hindi significa cinco).

1. Respeto mutuo a la integridad territorial y la soberanía de cada uno.
2. Acuerdo mutuo de no agresión.
3. Acuerdo mutuo de no interferencia en los asuntos internos de cada uno.
4. Igualdad y cooperación para beneficio mutuo.
5. Coexistencia pacífica.

La doctrina Panchsheela representa una propuesta para la configuración de un orden poscolonial en las relaciones internacionales cuyo punto fundamental es la inviolabilidad de la soberanía nacional y la autonomía de acción. Aunque en principio esta doctrina representa, básicamente, el rescate de la doctrina westfaliana, es importante interpretarla desde el punto de vista del contexto poscolonial y de polarización de la Guerra Fría.

El segundo gran eje de la doctrina realista en la política exterior fue la creación del NAM en 1956 en la Conferencia de Briori por parte de India, Yugoslavia y Egipto. La fundación del NAM nos ofrece una visión de la estrategia geopolítica de India durante la Guerra Fría. Para Nehru, la interdependencia global era la mejor forma de prevenir nuevos conflictos bélicos mundiales. Igualmente, la preservación de la autonomía de los países era fundamental para protegerlos de las presiones de las dos grandes potencias para que se uniesen a sus acciones colectivas. Y es que, como ya hemos visto anteriormente, Nehru afirmaba que las dos Guerras Mundiales habían demostrado que las alianzas entre bloques enfrentados solo resultaban en una escalada de los conflictos por la obligación entre aliados de unirse a la causa bélica, bloqueando cualquier posible solución diplomática. En ese sentido, la lógica de Nehru defendía la necesidad de crear una zona de búfer entre los dos grandes bloques, formada por países que se apoyaban mutuamente en la protección de su autonomía para tomar decisiones frente a la polarización ideológica y militar entre capitalistas y comunistas (Abraham, 2008). El NAM se convirtió en el mayor caucus dentro de las Naciones Unidas durante la Guerra Fría, con más de 70 países integrantes, pero también ofreció una concepción más democrática y optimista de las relaciones internacionales como alternativa a la polarización ideológica de los oscuros años de la Guerra Fría.

La talla intelectual de Nehru hace que sus principios en política exterior mantengan una importante influencia en la política exterior india contemporánea (Mehta, 2009). En círculos académicos preocupados con estudiar la política exterior de este país se ha instalado en tiempos recientes una línea de argumentación realista que achaca al idealismo de la doctrina nehruviana el poco peso de India en la escena internacional. Esta corriente señala dos eventos en particular. El primero es la humillante derrota en la guerra

sino-india de 1962, en la que el Ejército Popular fácilmente hizo recular al indio, y el segundo, su negativa a aceptar el sillón que correspondía a China en el Consejo de Seguridad de la ONU cuando le fue ofrecido por EE. UU. tras el éxito de la revolución comunista de 1949 (Quanyu, 2005). Sin embargo, ese análisis es, a nuestro juicio, incorrecto en muchos sentidos.

Como hemos apuntado aquí, la doctrina nehruviana en política exterior buscó, ante todo, la autonomía política de India como Estado soberano en un contexto internacional de fuerte polarización y de inestabilidad regional, con los conflictos de Corea y Vietnam, y de desafíos territoriales, con Pakistán y China. El idealismo que se le achaca a Nehru en su política exterior es en realidad una estrategia de equidistancia y respeto mutuo por la independencia de cada Estado. En ese sentido es importante ver la doctrina exterior india entre 1947 y 1964 en consonancia con su política económica de autarquía, ligada a una estrategia de industrialización por sustitución de importaciones y proteccionismo tarifario. Ciertamente, sin embargo, la doctrina Nehru también sirvió como un faro de optimismo en un mundo polarizado y de demanda de una democratización de la gobernanza global acorde con la nueva realidad poscolonial.

2.2. Segunda fase (1964-1990): el halcón de la soberanía

Tras la muerte de Nehru, India mantuvo una línea continuista tanto en su política doméstica como exterior. Ningún líder tras él, incluyendo la gran figura de este periodo, su hija Indira Gandhi, introdujo grandes innovaciones en los principios fundamentales de la política exterior. Lo que caracteriza a esta segunda fase de la política exterior es un abandono real, aunque no formal, de los aspectos más idealistas de la doctrina Nehru y el fortalecimiento de los más pragmáticos, alrededor de la protección de la soberanía nacional.

El viraje hacia una política exterior más pragmática y conservadora en esta segunda fase se debe principalmente a una percepción en Nueva Delhi de intromisión de otras potencias extranjeras en su área de influencia, el subcontinente indio. Primero, tras un intento fallido de buscar una resolución diplomática al conflicto de Cachemira en las Naciones Unidas,

que terminó con una sensación de agravio comparativo frente a Pakistán, India centró sus esfuerzos en una resolución bilateral fuera de las instituciones multilaterales. Y segundo, tras el acercamiento entre EE. UU. y China en 1972, se estableció una convergencia de intereses entre EE. UU., China y Pakistán que para India suponía un importante problema geoestratégico ya que se veía vulnerable por sus dos flancos terrestres más conflictivos. Esta situación la obligó a acercarse a la Unión Soviética con la firma del Tratado de Amistad y Cooperación Indo-Soviético, rompiendo parcialmente su política de no alineamiento, aunque no llegase nunca a establecer una alianza formal.

La política económica dominada por el principio de autarquía también tuvo una importante influencia en el giro soberanista de la política exterior india. En particular, adoptó una actitud de bloqueo ante los tratados comerciales que empezaban a negociarse a través de las rondas internacionales, primero bajo el paraguas del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT en sus siglas en inglés) y más adelante, de la Organización Mundial del Comercio (OMC). Durante las rondas de negociación, India coordinada con los países del NAM y el G77, conocido como la coalición tercermundista, que defendía en todo momento que “la igualdad de trato solo lo es tal entre iguales”, es decir, que la abolición de barreras tarifarias beneficiaba a los países occidentales en detrimento de los países en vías de desarrollo que no poseían la capacidad para competir en un mercado abierto (Narlikar, 2006: 63). En ese sentido, India defendió la necesidad de un acuerdo comercial asimétrico en el que los países en vías de desarrollo, como ella, pudiesen mantener barreras tarifarias en algunos sectores, mientras que los más desarrollados no. Su posición y capacidad para coordinar a un gran número de países a través de sus alianzas tercermundistas fueron clave para el fracaso, o al menos el lento progreso, de los tratados durante el período anterior a los años 2000.

Otra área en la que India demostró su idiosincrática doctrina en política exterior fue con su negativa a firmar el Tratado de No Proliferación Nuclear (TNP). Aunque no desarrollaría de manera completa su bomba nuclear hasta 1998, por entonces poseía tecnología nuclear para uso civil. Su argumento para oponerse al TNP era, de nuevo, su carácter discriminatorio. Desde el punto de vista de India, el objetivo debía ser el desarme total de todos los países. Al promover la idea de la no proliferación argumentaba que las

grandes potencias mundiales se reservaban el monopolio del uso de armas nucleares, perpetuando un orden internacional injusto debido a su superioridad bélica. Si las grandes potencias se negaban a desarmarse para crear un orden militar de iguales, entonces no podía renunciar a su derecho a también poseer la bomba en un futuro (Raja Mohan, 2010).

En conclusión, en esta segunda fase del desarrollo de su política exterior, India se convirtió en lo que Talcott Parsons definió como “un halcón de la soberanía”, rechazando cualquier tipo de injerencia en sus asuntos internos o su capacidad para tomar decisiones, alejándose de su más entusiasta participación en foros multilaterales bajo el mandato de Nehru. En gran parte, esta situación nace de un sentimiento de agresión por parte de las grandes potencias occidentales con relación al conflicto por Cachemira y la convergencia de intereses entre EE. UU., China y Pakistán.

Cabe destacar que el mayor pragmatismo en esta fase también se relaciona con la fragmentación de su política interna. Mientras que en la primera fase el poder de Nehru y de su partido, el Congreso Nacional Indio (CNI), era absoluto, en esta segunda fase, el CNI se ve electoralmente debilitado frente al auge de nuevas fuerzas políticas, obligando a los gobernantes a tener en cuenta el impacto electoral de sus decisiones, reduciendo su autonomía de acción (Jalal, 1995).

El resultado de este multilateralismo universal fue la caída de India de una posición de referente, o al menos influencia, en la escena internacional a una en la que se convirtió en líder del tercermundismo y su imagen decayó a la de un país en vías de desarrollo.

2.3. Tercera fase (1990-presente): la integración internacional de India

A mediados de la década de los 2000 comenzó a imponerse en la disciplina de las relaciones internacionales la tesis de que desde comienzos de los 1990 la política exterior india había experimentado un profundo cambio en sus principios y objetivos³. Esta tesis defiende que, desde la última década del siglo XX, dejó atrás el idealismo nehruviano y el multilateralismo universalista, que caracterizaron su política exterior desde la

³ Véase en particular: Raja Mohan, 2003. Para una crítica a esta tesis, véase: Mehta, 2003.

independencia, para abrazar una estrategia más proactiva en la esfera internacional, basada en la persecución de intereses económicos, el estatus de potencia nuclear y la expansión militar.

Raja Mohan describió este cambio en su política exterior equiparando a India pre-1990 como un puercoespín – lento, incómodo y siempre a la defensiva – y a la post-1990 como un tigre – ágil, ambicioso y proactivo (Raja Mohan, 2003). Dicho cambio en la política exterior puede ser explicado en base a varias causas, tanto exógenas como endógenas.

La primera causa del cambio de estrategia exterior fue el fin de la Guerra Fría. La disolución de la bipolaridad en la escena internacional hizo que la razón de ser del NAM, como un búfer entre los dos bloques, desapareciese. Aunque su agenda en favor de la democratización de la gobernanza global continúa siendo relevante, el concepto de no alineación se convirtió en un anacronismo e India, como líder del movimiento, perdió su principal vehículo de influencia internacional. Igualmente, la derrota ideológica del comunismo había supuesto un fuerte ímpetu al libre comercio y la globalización liberal en el mundo, lo que hizo que el modelo indio de autarquía económica también cayese en descrédito.

Dicho descrédito del anterior modelo económico condujo a la apertura de la economía que tuvo lugar con las reformas lanzadas por el gobierno de Narasimha Rao en 1991 y continuadas por subsiguientes gobiernos hasta hoy. La liberalización de la economía resultante de estas reformas incrementó los flujos de inversión extranjera y de inversión india en el extranjero, estableciendo una mayor convergencia de intereses comerciales y la integración de este país en la economía global. Desde la apertura económica, la tasa de crecimiento del PIB pasó del perenne 3% anterior a una media de 7.6% anual entre 2005 y 2014, y se asentó sobre una sólida base: la exportación de bienes, servicios, capital y mano de obra cualificada (Kochhar et al, 2006). Además, se convirtió en una economía puntera en sectores como el de las tecnologías de la información.

Importante es resaltar la fuerza con la que el capital indio ha comenzado a invertir en el extranjero. En comparación con su gran rival regional, China, el capital indio invirtió en

el extranjero 14,000 millones de dólares en 2007, frente a los 18,000 millones chinos (Mattoo y Subramanian, 2008: 64). Y lo que es más relevante, las compañías indias tienden a invertir en industrias de alta tecnología y mano de obra cualificada y, a menudo, dentro de las grandes economías globales, como EE. UU. y la UE (Ramamurti y Singh, 2008: 53).

La fortaleza de la economía tras la liberalización no solo disipó las dudas sobre el aperturismo del país, sino además, dio una mayor confianza en su capacidad para competir en la economía global. Si la integración de India en la economía global comenzó en la década de 1990, su integración política y militar comenzó tras el lanzamiento de la Guerra contra el terror de la administración estadounidense de George W. Bush (2000-2008).

Como ya hemos apuntado anteriormente, tradicionalmente las potencias occidentales y China establecieron alianzas con Pakistán en lugar de hacerlo con India, esto se veía particularmente reflejado en el conflicto sobre Cachemira. Esta situación, unida a su fuerte ascendencia anticolonialista, había instaurado dentro del cuerpo diplomático una actitud instintivamente hostil hacia las posiciones estadounidenses y occidentales (Datta-Ray, 2013: 246).

Sin embargo, la constatación de la conexión islamista en Pakistán tras los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 produjo un cambio de actitud en EE. UU., que comenzó a verlo como un aliado en el que no se podía confiar plenamente. Esto, unido a los ataques terroristas perpetrados por grupos pakistaníes en India, como el de Mumbai en 2008, creó un acercamiento entre India y EE. UU. en el ámbito de la inteligencia antiterrorista. Al mismo tiempo, la promoción de la democracia en el mundo, parte de la ideología liberal intervencionista anglosajona bajo los mandatos de George W. Bush y Tony Blair, encontró en India, la mayor democracia del mundo, un símbolo en una región dominada por regímenes autoritarios. Su sistema democrático, sin duda, otorgó a India una importante baza de autoridad moral (Ramakrishnan, 2013).

El acercamiento entre India y EE. UU. alcanzó su punto álgido en 2005 cuando en un voto sobre el programa nuclear iraní en la Organización Internacional de Energía Atómica (OIEA) India, por primera vez en su historia, rompió filas con el resto de los países tradicionalmente no alineados y votó con EE. UU. a favor de la imposición de sanciones al país de los ayatolás. Dicho voto fue consecuencia de unas complejas negociaciones entre ambos países que desembocaron unos meses antes en el Acuerdo India-EE. UU. sobre energía nuclear civil. En este acuerdo, India se comprometía a separar sus instalaciones nucleares civiles de las militares y poner las primeras bajo la supervisión de la OIEA a cambio de la cooperación nuclear civil de EE. UU. en los ámbitos del intercambio comercial y tecnológico. Así, normalizaba su estatus como potencia nuclear y se integraba en el sistema de supervisión internacional del que fue excluido tras el anuncio de que poseía armas nucleares en 1998. El voto en la OIEA y el acuerdo con EE. UU. supusieron un punto de inflexión en la política exterior india en la que, por primera vez, estaba dispuesta a sacrificar los principios universalistas que la regían en favor del puro interés nacional (Singh y Kim, 2005).

El acuerdo nuclear con EE. UU. supone un antes y un después en la doctrina exterior india en la que en cierto modo abandona el multilateralismo universalista que la regía desde los tiempos de Nehru en favor de coaliciones selectivas de acuerdo con intereses más pragmáticos. Durante su mandato como primer ministro (2004-2014), Manmohan Singh estableció lo que se conoce como Doctrina Manmohan, que prioriza el desarrollo económico como el motor de la política exterior, determinando sus intereses y relaciones (Singh, 2005). Así la política exterior india viró hacia un fuerte carácter comercial, estableciendo relaciones con organizaciones como la Asociación de Naciones del Sureste Asiático (ASEAN en sus siglas en inglés) o el Consejo de Países del Golfo (GCC) (Scott, 2009). La relación con China, fría y distante desde la guerra de 1962, también entró en una nueva fase con la visita de Estado de su primer ministro Wen Jiabao a Nueva Delhi en 2005, en la que ambos países firmaron un acuerdo estratégico de cooperación. La relación entre las dos potencias asiáticas también encontró un impulso dentro de la alianza de los BRICS. Sin embargo, como veremos en la segunda parte de esta investigación, esos brotes verdes en las relaciones sino-indias se vieron frenados con el viraje en política exterior de China tras la llegada al poder de Xi Jinping.

Asimismo, India ha ido paulatinamente redirigiendo su estrategia de negociación en los órganos de toma de decisiones multilaterales, reemplazando las grandes coaliciones de países en vías de desarrollo por alianzas estratégicas con potencias grandes y medias. Así se unió al selecto comité de Basilea II en 2009 para la regulación bancaria internacional y participó constructivamente dentro de las rondas de la OMC. De manera destacada, ha jugado un importante papel en las conferencias sobre cambio climático, donde abandonó el G77, que se oponía a la acción climática por parte de los países más pobres, para junto a las potencias intermedias, los llamados BRICS, tomar una posición de acción. Esa actitud más constructiva dio sus frutos al ostentar la presidencia del Panel Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC en sus siglas en inglés) un indio, Rajendra K. Pachauri.

En suma, el fin de la Guerra Fría y el anémico crecimiento económico de India en décadas anteriores confluyeron para crear las circunstancias adecuadas para el aperturismo de su economía y su integración global. El empuje de los intereses económicos y los cambios en la política internacional tras el 11 de septiembre de 2001, coincidieron para fomentar un viraje en la política exterior que nos lleva hasta hoy.

3. La doctrina exterior india en el nuevo orden multipolar

En la primera parte de esta investigación presentamos las distintas fases en la evolución histórica de la política exterior de India, para determinar cuáles son los principios y valores que la dirigen y explican su comportamiento en la esfera internacional. En esta segunda parte, analizaremos el rol que juega en el emergente y fluido contexto multipolar internacional. No obstante, antes de adentrarnos en el caso, es importante realizar una breve reflexión sobre el estado del actual contexto internacional.

El actual contexto internacional se caracteriza por la consolidación de posiciones contestatarias, aunque variadas en sus planteamientos, dentro de las grandes potencias que representan un profundo cuestionamiento del orden liberal internacional implantado tras la caída del Muro de Berlín y el fin de la Guerra Fría: la superioridad de la democracia

representativa, la promoción de los derechos humanos y los beneficios de la globalización económica y el aperturismo sociocultural. En línea con el declive global del liberalismo encontramos el auge de los llamados “hombres fuertes”, líderes con perfiles autoritarios como Donald Trump, Vladimir Putin, Xi Jinping, Narendra Modi o Recyp Erdogan, entre otros. Estos líderes promovieron doctrinas hiperrealistas en sus políticas exteriores, anteponiendo el interés nacional a la cooperación global e incluso en algunos casos, como la ocupación rusa en Ucrania en 2014, transgredieron normas internacionales tan incuestionables como la inviolabilidad de la soberanía nacional de terceros países.

La combinación del declive del atractivo ideológico del liberalismo y el multilateralismo a nivel global y del auge de liderazgos hiperrealistas presenta dos importantes desafíos: la cuestión de la normatividad internacional y la futura viabilidad de la gobernanza global.

La normatividad en el campo de las relaciones internacionales alude a la cuestión de la necesidad de establecer mecanismos e instrumentos reguladores (normas) que impongan ciertos límites a la acción auto interesada de los Estados. El ejemplo por excelencia de la norma internacional es el principio westfaliano de la supremacía de la soberanía del Estado-nación. Sin embargo, sabemos por experiencia práctica que las normas internacionales a menudo son violadas por los Estados en búsqueda de su interés nacional. Es por ello por lo que el valor de la normatividad en las relaciones internacionales también se encuentra en que “las normas son expectativas de cómo las personas [Estados en nuestro caso] deben comportarse en situaciones específicas” (Rueschemeyer, 2009: 64). El saber cómo un Estado debe actuar es una herramienta útil no solo porque posee una fuerte influencia en el comportamiento del actor al que la norma afecta, sino que además permite a ese Estado a predecir la reacción de terceros, ayudando a prevenir el conflicto abierto.

En el actual contexto internacional encontramos claros indicios de que las normas internacionales han comenzado a perder ese sentido de inviolabilidad, pero también de su capacidad para predecir las acciones de los Estados. Dos ejemplos que ilustran esta tendencia los encontramos en la ya mencionada invasión rusa de Ucrania, pero también en el incumplimiento de los tratados marítimos internacionales por parte de China en su

expansionismo en el Mar de China Meridional. La falta de predictibilidad de las acciones internacionales supone un serio problema de volatilidad e incertidumbre en un mundo multipolar, donde las distintas potencias son más simétricas en sus capacidades militares y donde la expansión de sus esferas de influencia da lugar a un solapamiento entre ellas.

El segundo desafío por considerar en el actual contexto internacional es el de la futura viabilidad de la gobernanza global. Si las normas existen para intentar imponer unos límites y predecir las acciones de los actores estatales, la gobernanza global es una herramienta heurística que nos permite abordar la cuestión de la globalización como una disyuntiva acerca de la transnacionalización de la autoridad, en un sentido amplio. La globalización en su conjunto representa un complejo desafío con múltiples actores y niveles de esferas de influencia en el que la autoridad tradicional se vuelve menos efectiva al tratarse de un proceso de desterritorialización del poder (Appadurai, 1990).

La globalización hace que nos encontremos ante un importante número de retos a los que no se les puede hacer frente si no es a través de una acción colectiva coordinada. El cambio climático es, sin duda, el gran reto existencial para el conjunto de la humanidad, pero también son cruciales acuerdos globales para la gobernanza de los espacios comunes como el ciberespacio, los océanos o el espacio exterior, entre otros. La existencia de estos retos transnacionales requiere de un sistema de gobernanza global capaz de buscar puentes de entendimiento entre los divergentes intereses estatales para encontrar soluciones comunes. La Comisión para la Gobernanza Global (CGG) define la gobernanza global como:

“Un proceso permanente a través del cual, intereses en conflicto o diversos pueden encontrar acomodo para que la acción cooperativa pueda ser llevada a cabo. [La gobernanza global] incluye instituciones formales y regímenes con el poder para hacer cumplir las reglas, al igual que instrumentos informales que las personas e instituciones han acordado utilizar o perciben que su uso es beneficioso para ellos. No existe un único modelo o forma de gobernanza global, ni tampoco una única estructura o serie de estructuras. Es un proceso amplio, dinámico y complejo de toma de decisiones interactivo que está constantemente en proceso de evolución

y respondiendo a circunstancias cambiantes” (*Commission on Global Governance*, 1995: 2).

Instituciones internacionales como las Naciones Unidas han servido de foros para la gobernanza global, sin embargo, como defendió Charles Kindleberger en su teoría de la estabilidad hegemónica, a menudo los EE. UU., como fuerza hegemónica en el mundo unipolar post Guerra Fría – la llamada Pax Americana – han actuado como dinamizadores de la gobernanza global (Kindleberger, 1973). El emergente nuevo orden multipolar nos pone ante la incertidumbre acerca de la viabilidad futura de la gobernanza global. Aún no sabemos si nos encontraremos ante un desorden global, en el que es dominante la inacción ante los graves desafíos colectivos y el deseo de los Estados de actuar unilateralmente en base a sus propios intereses o si, por el contrario, podría ser una oportunidad para democratizar el proceso de la gobernanza global a través de un sistema de toma de decisiones más amplio, en el que instituciones multilaterales como las Naciones Unidas recuperen un papel importante como foros de debate y acuerdo.

En ese contexto de incertidumbre en el reequilibrio del (des)orden global, ¿qué papel juega India en esta situación? Desde la revigorización de su política exterior post-1991 y el consenso alrededor de la doctrina Manmohan, India estructuró su estrategia internacional en base a un modelo de esferas de influencia en forma de círculos concéntricos.

El primero de estos círculos acompaña a Asia Meridional y el Océano Índico, la tradicional esfera de influencia india. Dentro del subcontinente por su centralidad geográfica y poderío económico y militar, India actuó históricamente como la principal potencia regional y su estrategia estuvo centrada en proteger su supremacía en esta esfera de influencia del intrusismo de otras potencias extranjeras, particularmente China.

Amitai Etzioni (2015) afirma que una fuerza hegemónica controla una esfera de influencia cuando ni ejerce un control absoluto, como tendría una potencia colonial, pero sí uno mayor que el líder de una coalición internacional y que los medios para controlar dicha esfera son en su mayor parte económicos o ideológicos. India ha buscado preservar

su esfera de influencia inmiscuyéndose en los asuntos internos de sus principales vecinos, como su intervención en favor de la independencia de Bangladés, en la transición a la democracia en Nepal, tanto en 1990 como 2007, y en la guerra civil en Sri Lanka en 1987. En 2017, intervino militarmente en Bután para proteger su frontera ante las incursiones de China en la meseta del Doklam. Sin embargo, encontró fuertes resistencias a sus aspiraciones de actuar como poder hegemónico en el subcontinente por parte de sus vecinos. Como apunta Pranab Banu Mehta, aunque India es indiscutiblemente la principal potencia regional, está lejos todavía de poder actuar como un poder hegemónico en la misma (Mehta, 2009). Las reacciones nacionalistas en sus vecinos más pequeños y el latente conflicto con Pakistán dan como resultado que Asia Meridional continúe siendo la región del mundo con una menor integración económica y política, a pesar del establecimiento de la Asociación para la Cooperación Regional del Sur de Asia (SAARC en sus siglas en inglés) en 1985, una organización inefectiva en comparación con otras similares en la región como ASEAN.

Tras su llegada al poder en 2014, Narendra Modi buscó dar un nuevo impulso a la posición dominante de India en Asia Meridional a través de su política de *Neighbourhood first* (Sahoo, 2016). El objetivo de priorizar las relaciones en el subcontinente viene dado por el empuje de China. Bajo el mandato de Xi Jinping, China viró hacia una doctrina en política exterior mucho más agresiva denominada como *Fen fa you wei* [“esforzarse por el éxito”] y que reemplazó a la histórica *Tao guang yang hui* (“esconder tus capacidades y mantener un perfil bajo”) instaurada por Deng Xiaoping en la década de 1980 (Xuetong, 2014). La doctrina *Fen fa you wei* en Asia Meridional está plasmada en un número importante de iniciativas por parte de China dentro del proyecto más global del *One belt, One Road* y que crean importantes riesgos geoestratégicos a la posición dominante de India en su esfera de influencia. El Corredor Económico sino-pakistaní es una de esas iniciativas, un proyecto que busca establecer una ruta logística y comercial entre Kashgar, en la provincia china de Xinjiang, con el puerto de Gwadar en la costa índica de Pakistán. Para India este proyecto supone un riesgo, ya que consolida la posición de China y Pakistán en la frontera con la disputada región de Cachemira, pero también ofrece a China un acceso directo al Océano Índico. Igualmente, la estrategia marítima china denominada como “collar de perlas” preocupa en India ya que establece una cadena de bases con

presencia militar china en la región marítima del Indo-Pacífico, comenzando con la expansión de bases militares en pequeños archipiélagos del Mar de China Meridional, como en el caso de las Islas Paracelso, cerca de Vietnam, pasando por puertos de aguas profundas en Chittagong (Bangladés), Hambantota (Sri Lanka) y el ya mencionado de Gwadar (Pakistán) (Pehrson, 2006). Por último, en 2020, China e India se embarcaron en una confrontación en su frontera compartida en el Himalaya, reviviendo las tensiones en su disputa fronteriza a lo largo de la denominada Línea de control actual y que los llevó a la guerra en 1962 (López Areu: 2020).

La creciente presencia china en la tradicional esfera de influencia india es lo que impulsa la política de *Neighbourhood first* de Narendra Modi. Un intento por parte de este país de consolidar su posición dominante en Asia Meridional y el Océano Índico. Sin embargo, esta política se vio debilitada por los propios errores indios. Con Pakistán, el acercamiento inicial tras la investidura de Narendra Modi como primer ministro decayó por la escalada retórica anti musulmana del gobierno indio, primero, y continuó después con la crisis tras el atentado terrorista en Pulwama de febrero de 2019 y el bombardeo en represalia de las fuerzas aéreas indias de territorio pakistaní. Las relaciones con un aliado tradicional como Nepal también se han resentido tras el bloqueo económico indio al país tras la aprobación de su nueva Constitución en 2015 y en 2020 con una disputa territorial que crearon una importante animadversión social en el país del Himalaya hacia su vecino del sur. La crisis de los refugiados rohingya y los recientes cambios constitucionales para revocar la ciudadanía india a refugiados musulmanes de la guerra de la independencia bangladesí, han dañado, a su vez, las otrora sólidas relaciones entre Bangladés e India. Todos estos errores estratégicos por parte de la diplomacia india en sus relaciones con sus vecinos han tenido una importante consecuencia: el acercamiento de estos a China, justo el resultado contrario al objetivo de la doctrina *Neighbourhood first*.

El segundo círculo de influencia estratégica de la actual doctrina exterior india es lo que se ha llamado el *extended neighbourhood* y que se extiende desde el Canal de Suez hasta el Pacífico. Esta segunda área de influencia tiene varios objetivos. Primero, contraatacar la influencia de China en Asia Meridional expandiendo la india en el área de influencia china en Asia Oriental. Segundo, es consistente con la Doctrina Manmohan de una

política exterior dirigida por los intereses económicos. Y tercero, busca asegurar para India acceso a importantes recursos naturales, particularmente energéticos en zonas como Oriente Medio y Asia Central. India ha actuado en varios frentes para avanzar en su influencia en la región. A través de la llamada *Look East Policy*, a partir de 2002 se celebran anualmente las cumbres India-ASEAN que en 2008 alumbraron un tratado de libre comercio entre ambas partes. La segunda fase de la *Look East Policy*, denominada por el Gobierno de Modi como *Act East Policy*, se centra en ir más allá de las relaciones comerciales a las militares, en particular con la participación de la marina india en maniobras conjuntas en la región del Indo-Pacífico junto a Japón, EE.UU. y, se espera que, en un futuro Australia, el denominado *Quad* democrático en Asia-Pacífico. Estas maniobras se enmarcan en la creación de una alianza de las principales democracias liberales en la región para hacer frente a las ambiciones de China de expandir su presencia marítima (Scott, 2009). En Asia Central y Oriente Medio, India ha buscado expandir su influencia, en parte con la idea de aislar a Pakistán y rodearlo de aliados, pero también buscando nuevas fuentes de energía. Además de que, en Oriente Medio, por la migración laboral, viven allí cerca de 3.5 millones de indios.

En suma, podemos ver que el objetivo de la política exterior india es preservar su posición dominante en su principal esfera de influencia que es Asia Meridional y, al mismo tiempo, convertirse en una potencia extrarregional en su *extended neighbourhood* de Asia y Oriente Medio, pero enmarcada dentro de una alianza más amplia con países aliados como EE. UU. o Japón (Pardesi, 2005).

Es en el tercer círculo de influencia, el escenario global, donde la política exterior encuentra serias dificultades. La posibilidad de que India se convierta en una superpotencia global como lo son ahora EE. UU., China o Rusia encuentra bastante escepticismo en círculos diplomáticos y académicos. Existen varias razones que explican ese escepticismo.

La primera es que, a pesar del fuerte crecimiento económico de las últimas tres décadas, India se encuentra todavía lejos de alcanzar el estatus de superpotencia económica. De manera similar, militarmente, a pesar de poseer armamento nuclear, las fuerzas armadas,

con excepción de la marina, poseen una capacidad de acción exterior pequeña. Sin un poder económico y militar alto es una tarea casi imposible para codearse con países como EE. UU. o China, en ambos aspectos, o Rusia, en el segundo. Una segunda razón de las dificultades de India para proyectarse como superpotencia global es de corte estructural y se basa en la cultura institucional que domina el comportamiento de su diplomacia, y por ende del Estado, en el exterior.

La diplomacia india utiliza en su política exterior una estrategia de negociación basada en lo que Amrita Narlikar ha denominado una “estrategia distributiva estricta” y en el principio de derecho [*entitlement*] frente a la negociación [*bargaining*] (Narlikar, 2006). Esta estrategia pone el énfasis en una equidad radical en el sistema internacional por la cual no puede existir una jerarquía de países, ni que el poder de una potencia resulte en una posición ventajosa para ella. Esta estrategia la utilizó, como hemos visto en la primera sección, para defender posiciones maximalistas contrarias a tratados de libre comercio injustos con los países menos desarrollados o, por ejemplo, en su oposición al TNP en base a que no era justo que solo un pequeño número de países tuviese acceso a armas nucleares. Pero no es solo el multilateralismo universalista el que influye en esta estrategia, existe también consideraciones domésticas, siendo la sociedad india particularmente pobre y donde el Estado juega un papel fundamental de apoyo a distintas industrias y grupos, la aceptación de cambios sustanciales en su política comercial u otra puede resultar en la crítica interna. Un claro ejemplo de esto fue las dificultades que tuvo el primer ministro Manmohan Singh para aprobar el acuerdo nuclear con EE. UU. en 2005, que no se ratificó hasta 2008.

Además, el cuerpo diplomático indio, el llamado *South Block* – nombrado así por la sede en Nueva Delhi donde se encuentra el Ministerio de Exteriores –, al provenir de una cultura política de protección de la soberanía nacional a toda costa, tiende a abordar toda negociación en base a una doctrina de la prudencia (Mehta, 2009). La política exterior india se caracteriza por esa prudencia porque opera en base a un sentimiento de falta de autoestima, que se caracteriza por su falta de voluntad para utilizar la fuerza o entrar en alianzas estratégicas duraderas con otras potencias.

4. Conclusión

En esta investigación hemos querido ofrecer una visión de conjunto de la política exterior india y cómo evolucionó con el auge del país en la escena internacional. Esperamos que este análisis abra una ventana para comprender cuál puede ser el rol que India puede jugar en el reequilibrio de fuerzas en el orden internacional que estamos viviendo en estas primeras décadas del siglo XXI.

En la primera parte hemos analizado cómo la política exterior india, desde sus orígenes, estuvo fuertemente influenciada por las ideas de Jawaharlal Nehru. Este personaje inculcó en la política exterior india una fuerte dosis de internacionalismo y antimperialismo cuya expresión fue buscar la autonomía política y económica de las grandes potencias durante la Guerra Fría, a través de la autarquía y el NAM, y la búsqueda de un frente poscolonialista y tercermundista en la esfera internacional para reclamar una mayor democratización de las instituciones multilaterales incrementando la voz de los países históricamente explotados por las grandes potencias occidentales. Esa doctrina nehruviana se vio en parte limitada en un segundo periodo por los desafíos que encontró, particularmente por la alianza entre EE. UU., Pakistán y China, y que le hizo virar hacia posiciones más soberanistas y realistas. A partir de 1990, sin embargo, con la liberalización de la economía, vemos cómo la política exterior india gana en confianza y se lanza a un proceso de estrategia comercial que le lleva a expandir sus intereses comerciales por el mundo, particularmente en Asia. No obstante, no se puede decir que dejó completamente de lado su prudencia y su preocupación por la preservación de su soberanía, lo que limita la capacidad del Estado de actuar de manera decidida en la esfera internacional, desarrollando alianzas estables y duraderas con potenciales aliados como las otras grandes democracias liberales en Asia-Pacífico: EE. UU., Japón y Australia.

De cierto modo vemos que la política exterior india está marcada por un fuerte estructuralismo, una inercia y cultura institucional que la hacen ser extremadamente prudente en su acción exterior. Dicha situación ha llevado a un debate acerca del enigma de saber qué será el país en el futuro, si podrá convertirse en un contrapoder en Asia a la ascendente China, liderando una alianza de Estados en favor de un orden liberal regional,

contrario al unilateralismo y favorable al respeto a las normas y leyes internacionales. Igualmente, es una incógnita conocer qué rol jugará en los debates sobre gobernanza global ahora que no existe ya una potencia hegemónica que pueda liderar los debates y propuestas a nivel global. No se sabe si India se alineará con aquellos países que priorizan el interés nacional a toda costa o con aquellos que buscan realizar una contribución en positivo a la convivencia global en desafíos como el cambio climático o la gobernanza de los espacios comunes.

Nuestra conclusión es que la política exterior india posee en su ADN un fuerte componente multilateral. En un mundo globalizado y multipolar, esta predisposición puede resultarle útil para maximizar su influencia dentro del proceso de toma de decisiones internacional.

Por último, una consideración más amplia que es posible extraer es la de las posibles conceptualizaciones alternativas sobre la forma de las relaciones internacionales que la política exterior india puede aportar para su actualización en el mundo multipolar y descentralizado del siglo XXI. En particular, el valor de la no alineación, de la pluralidad de visiones y el evitar el dualismo del choque de civilizaciones o bloques ideológicos que ha dominado las relaciones internacionales hasta ahora. Igualmente, comprender la necesidad del respeto a otros países y culturas, desde la igualdad radical, y no desde posiciones civilizadoras. En gran parte, puede que la falta de autoestima india a la hora de intervenir en el exterior sea algo positivo, sino véase la actitud de EE. UU. en Oriente Medio o de China en el sureste asiático.

Bibliografía:

- Abraham, I. (2008). From Bandung to NAM: non-alignment and Indian foreign policy, 1947-1965. *Commonwealth and Comparative Politics*, 46(2), 195-219.
- Appadurai, A. (1990). Disjuncture and difference in the global cultural economy. *Theory, Culture and Society*, 7(2), 295-310.

Clinton, H. (2011). America's Pacific century. *Foreign Policy*. Recuperado de: <https://foreignpolicy.com/2011/10/11/americas-pacific-century/>

Commission on Global Governance. (1995). *Our global neighbourhood: report of the Commission on Global Governance*. Oxford: Oxford University Press.

Datta-Ray, D. K. (2013). The analysis of the practice of Indian diplomacy. En N. C. Behera (Ed.). *India engages the world* (pp. 234-271). Nueva Delhi: Oxford University Press.

Etzioni, A. (2005). Spheres of influence: a reconceptualization. *The Fletcher Forum of World Affairs*, 39(2), 117-127.

Jalal, J. (1995). *Democracy and authoritarianism in South Asia: a comparative and historical perspective*. Cambridge: Cambridge University Press.

Kindleberger, C. (1973). *The world in depression, 1929-1939*. Berkeley: University of California Press.

Kochhar, K., Kumar, U. y Rajan, R. (2006). India's pattern of development. *Journal of Monetary Economics*, 53(5), 981-1019.

López Areu, M. (2020). Tensiones fronterizas en el Himalaya. *EsGlobal*. Recuperado de: <https://www.esglobal.org/tensiones-fronterizas-en-el-himalaya/>

Mattoo, A. y Subramanian, A. (2008). India and Bretton Woods II. *Economic and Political Weekly*, 43(45), 62-70.

Mehta, P. B. (2003). A new foreign policy? *Economic and Political Weekly*, 38(30), 3173-3175.

- Mehta, P. B. (2009). Still under Nehru's shadow? The absence of foreign policy frameworks in India. *India Review*, 8(3), 209-233.
- Narlikar, A. (2006). Peculiar chauvinism or strategic calculation? Explaining the negotiating strategy of a rising India. *International Affairs*, 82(1), 59-76.
- Nehru, J. (1974). Whither India. En S. Gopal (Ed.). *Selected works of Jawaharlal Nehru*, vol. 6. Nueva Delhi: Jawaharlal Nehru Memorial Fund.
- Nehru, J. (2003a). A secular state. En S. Gopal y U. Iyengar (Eds.). *The essential writings of Jawaharlal Nehru*, vol. 1. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Nehru, J. (2003b). The idea behind India. En S. Gopal y U. Iyengar (Eds.). *The essential writings of Jawaharlal Nehru*, vol. 1. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Nehru, J. (2014). *Letters for a nation*. Gurgaon: Allen Lane.
- Pardesi, M. S. (2005). Deducing India's grand strategy of regional hegemony from historical and conceptual perspectives. *RSIS Working Papers*, 76.
- Pehrson, C. J. (2006). String of pearls: meeting the challenges of China's rising power across the Asian littoral. *Carlisle Papers in Security Strategy*.
- Quanyu, S. (2005). Sino-Indian friendship in the Nehru era: a Chinese perspective. *China Report* 41(3), 237-252.
- Raja Mohan, C. (2003). *Crossing the Rubicon: the shaping of India's new foreign policy*. Nueva Delhi: Viking.
- Raja Mohan, C. (2010). Rising India: partner in shaping the global commons? *The Washington Quarterly*, 33(3), 133-148.

- Ramakrishnan, A. K. 2013. Normative dimensions of India's international engagement. En N. C. Behera (Ed.). *India engages the world* (pp. 153-197). Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Ramamurti, R. y Singh, J. (2008). *Emerging multinationals from emerging markets*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Sahoo, P. (2016). A history of India's neighbourhood policy. *World Affairs*, 20(3), 66-81.
- Scott, D. (2009). India's extended neighbourhood concept: power projection for a rising power. *India Review*, 8(2), 107-143.
- Rueschemeyer, D. (2009). *Usable theory: analytic tools for social and political research*. Princeton: Princeton University Press.
- Singh, L. y Kim, C. (2005). India's recent foreign policy initiatives and implications for East Asian security. *The Korean Journal of Defense Analysis*, 17(3), 129-50.
- Singh, M. (2005). Globalisation both an opportunity and a challenge. Recuperado de: <http://meaindia.nic.in/speech>
- Tagore, R. (2009). *Nationalism*. Nueva Delhi : Penguin.
- Xuetong, Y. (2014). From keeping a low profile to striving for achievement. *The Chinese Journal of International Politics*, 7(2), 153-184.